

“Mi orgasmo sin mis valores culturales no sería ni satisfactorio ni frustrante (ni me culpa ni me realiza)”

Valérie
Tasso

Francesa de origen, se licenció en Ciencias Económicas y Lenguas Extranjeras Aplicadas y obtuvo un máster en Dirección de Empresas. Publicó en 2003 su obra *Diario de una Ninfómana*, obra que la ha colocado entre las escritoras en lengua española con mayor proyección internacional. A este libro le siguió *Paris la nuit* y en marzo de 2006 *El otro lado del sexo*, todos bajo el sello editorial de Plaza y Janés. Colaboradora habitual en programas televisivos y radiofónicos, es conocida su trayectoria como conferenciante e investigadora. Ha realizado el Postgrado en Sexología en el INCISEX dependiente de la Universidad de Alcalá de Henares en Madrid. www.valerietasso.com

El sexo y las hormonas de la cultura

Está científicamente probado que la ciencia tiene razón.

Cuando, por ejemplo, creíamos que la fidelidad era un asunto de cultura, aparece ella, la ciencia y nos dice que no, que depende en gran medida de nuestros niveles de oxitocina. Recuerdo un chiste de Forges en el que dos ancianas campesinas se lamentaban amargamente: “Ahora que habíamos aprendido a decir “pinícula” resulta que lo llaman “flim”. Ahora que en terrenos del Sexo empezamos a trascender, o al menos a transgredir, preceptos de un orden religioso (léase morales), resulta que aparecen con más frecuencia preceptos de orden científico (léase morales) que regulan el discurso normativo de la sexualidad y que son igual de insalvables, ciertos, rígidos y deterministas como lo eran aquellos. Sorprendida.

Todo proviene de un prestigiosísimo artículo en un prestigiosísimo periódico (en fin, todo muy prestigioso). En el citado artículo se justificaba el que las mujeres tuvieran menos deseo sexual que los varones por los niveles de no sé que hormona en qué enlace bioquímico bajo qué neurotransmisor activo (se me perdonará el léxico, pero yo me quedé en aquello de las “isoflavonas”).

Esto yo ya lo había oído antes, no por parte de un biólogo sino por parte de un moralista. Mismos amos con distintas cartillas para un modelo de sexualidad idéntico. Dubitativa.

¿Qué somos? ¿Cultura o Bioquímica? No es una tontería pues en función de lo que consideremos, nuestro sexo tendrá un dueño u otro. Lo que se está discutiendo es quien tiene la verdad (el poder) sobre el discurso normativo del sexo.

Pero, ¿por qué en terrenos del sexo debemos ser una cosa u otra? Somos bioquímica y cultura, o quizá las dos cosas sean lo mismo y establecer una distinción sólo sirva, en la sexualidad humana, para saber quien tiene moralmente que gobernarla.

Un ejemplo:

Mi orgasmo sin mis valores culturales no sería ni satisfactorio ni frustrante (ni me culpa ni me realiza). Mi orgasmo sin reacción biológica no se distinguiría de una mera especulación. Es como si mi panadero se preguntara cuando solicito la de cuarto muy hecha: ¿Quién me está hablando, la filosofía y la gramática de Valérie o la laringe y la lengua de esta francesa tan... francesa?

¿Quién debe regir mi forma de pedir la barra, los gramáticos, los logopedas, los otorrinolaringólogos, Dale Carnegie o mis ganas de comer pan?

Chistosa.

Frente al campo de batalla donde se discute quien nos pone el collar recomendaría volver a la lucidez del chiste:

Nuevamente fue Forges quien dibujó una vez a un esquiador que en pleno salto se da cuenta de que tiene las montañas donde deberían estar las nubes. Tomando conciencia de su situación murmura: “Virgen Santa”.

Pues eso, invocar a las vírgenes para el exceso de adrenalina...

